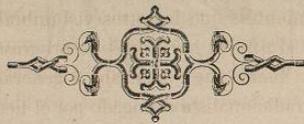


mos ese constante afán de mancillar las glorias de Cortés y de Pizarro en aquellas grandes conquistas que son todavía la admiración y asombro de los hombres doctos é imparciales. Desgraciadamente domina y embarga aún á ciertos autores que profesan el comunismo intelectual, el funesto espíritu de secta que desvanece las inteligencias y conduce á las mayores exageraciones. De todos modos, al recorrer la historia de la humanidad, no hemos encontrado esos *conflictos* que el señor Draper ha presentado entre la Religión católica y la ciencia.

Concluiremos este capítulo con aquellas levantadas palabras de uno de nuestros más distinguidos filósofos contemporáneos, del ilustre Donoso Cortés en la segunda época de sus estudios. *Al compás mismo con que se disminuye la fe se disminuyen las verdades en el mundo, y la sociedad que vuelve la espalda á Dios ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes.*



CAPÍTULO XII

EL SIGLO DIEZ Y NUEVE

La emancipación de los pueblos norte-americanos y la revolución francesa.—Influencia de los enciclopedistas.—Las nuevas ciencias.—Se realiza en Francia la revolución.—Napoleón I.—La propaganda de los ejércitos franceses.—Importancia del levantamiento en España.—La sexta coalición contra Napoleón.—Muerte de Napoleón en Santa Elena.—Consecuencias de la propaganda reformista.—Pronunciamiento del año 20 y sus resultados.—Emancipación de los pueblos americanos.—Idea de una conciliación.—La nueva filosofía de Locke y de Hume.—El materialismo francés.—El sensualismo inglés.—Escuela escocesa.—Indicase la sociología.—El sensualismo en Alemania.—Como se ha apreciado el idealismo alemán.—La escuela kantiana.—El teísmo ideal de Renán.—El sentimentalismo de Jacobi.—Los discípulos de Kant.—Escuela de Hegel.—Opinión del Excmo. Sr. P. Zeferino González acerca de este filósofo.—Escuela de Krause.—Examen de esta doctrina por el Excmo. Sr. P. Zeferino González y el presbítero D. Antonio Comellas y Cluet.—La reforma de Herbart.—Schopenhauer.—Hartmann.—El eclecticismo de Royer Collard y Victor Cousin.—El sincretismo.—El naturalismo.—La filosofía crítica.—Consecuencias de estas doctrinas ateas y disolventes.—La sociología.—Sus diferentes fases.—Conclusión.



No había terminado aún el siglo XVIII, cuando dos grandes y trascendentales acontecimientos habían impresionado al mundo. Los unos veían amenazados sus privilegios, sus prerogativas y todas sus influencias tradicionales, mientras que los otros vislumbraban para la humanidad nuevos horizontes de progreso y libertad civil. Era la lucha que comenzaba á generalizarse entre un ideal tradicionalista arraigado por el tiempo, y el espíritu moderno influido por la filosofía inglesa de Locke y de Hume, que en íntimo consorcio con el materialismo francés, se colocaban frente á frente del espiritualismo católico.

La emancipación de los pueblos norte-americanos y la revolución francesa conmovieron los cimientos de las viejas monarquías, señalaron la ruta que debían emprender los antiguos Estados, y marcaron el camino á los países que se constituyeron con los descubrimientos de Colón, las conquistas de Cortés y el temerario arrojado de Pizarro, Ojeda y Almagro.

El espíritu librepensador había recogido los podridos frutos de sus descabelladas predicaciones, de sus atrevidas utopías y de sus tenebrosas maquinaciones; una filosofía engañosa y falaz se apoderaba de muchas intelligen-

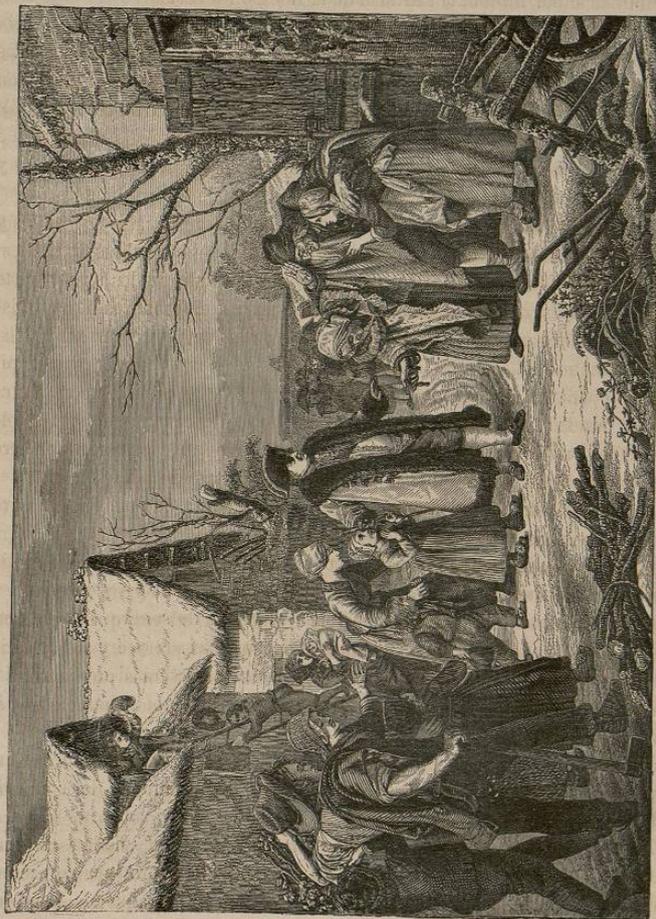
cias privilegiadas, para usufructuar el vergonzoso legado de otras generaciones entre lagos de sangre, cruentos sacrificios y horribosas devastaciones, impulsadas por la fiebre devoradora de la impiedad y del sacrilegio.

El influjo de los enciclopedistas y los extravíos de la mayoría de los filósofos franceses impulsados por el sensualismo británico, habían producido tantas miserias y tantos desastres á aquel pueblo honrado y laborioso, sin mejorar en nada sus infortunios, que desgraciadamente olvidó los consuelos de la Religión y escarneció el santo nombre de Dios, corriendo aquella sociedad desbocada á merced del furioso vendabal que la sumergió en un mar de desventuras y desdichas.

En vano las ciencias exactas, físicas y naturales continuaban sus lentos y progresivos descubrimientos; en vano tomaban carta de naturaleza la química, la anatomía comparada y la astronomía científica y entraban á formar parte activa de los humanos conocimientos la geología y la arqueología, la numismática y la etnografía, la paleontología y la antropología, la economía política, el derecho público y de gentes, y por último la sociología; la revolución francesa levantando con una mano la tea destructora y empuñando con la otra el puñal fratricida, se cebaba sobre inocentes víctimas consumando su terrible hecatombe con sus mismos hijos y con sus más entusiastas propagadores, como Lavoisier, Bailly, Chenier, Clootz, Malesherbes, Bobel, Daltón... etc.

¿Qué pretendían aquellos desdichados? ¿qué sistema de gobierno era el suyo? ¿cuáles serían los fundamentos de su política? ¿qué creencias, qué principios religiosos imperaban en aquella multitud desenfrenada, sedienta de sangre, viviendo entre la corrupción, sin fe, sin esperanza y sin porvenir, y alimentándose del vicio, del pillaje y de la orgía? ¿Era, tal vez, que los franceses en su mayoría aspiraban á una nueva regeneración política y social? ¿era que aun existían los tradicionales privilegios, las humillantes prerogativas y las odiosas distinciones de otros tiempos, cuya soberbia se guarecía en las inexpugnables almenas del feudalismo?

Se había derribado la monarquía y la Real familia encarcelada inhumanamente en el Temple era víctima expiatoria del furor popular; se había proclamado la república, se reconocieron y se sancionaron los derechos del hombre, que hoy se llaman ilegislables; la libertad en todas sus fases y manifestaciones no conocía límites; la nobleza había desaparecido y sus bienes estaban confiscados; se abolieron los privilegios, las distinciones y toda suerte de prerogativas; la alta banca atemorizada, la agricultura en absoluto abandono, las industrias y los oficios perdidos; todo andaba en sangriento desorden, cambiando las constituciones fundamentales al compás de los deseos de sociedades secretas y de los grupos anárquicos que en destructora lucha sostenían la agitación ver-



Luja XVI distribuyendo limosnas.

tiginosa de los clubs; habianse segado las cabezas de muchos inocentes y las de la Real familia habian al fin rodado por el cadalso confundidas con las de los criminales; por último, la santidad de la Religión de Cristo se vió ultrajada, escarnecida y avasallada por los desacatos y profanaciones de la *diosa Razón* y la *fiesta al Sér Supremo*. Grecia y Roma en vertiginosa orgía, fueron parodiadas y ridiculizadas vergonzosamente por aquellos desdichados que ébrios de coraje no se cansaban de inmolar inocentes víctimas á su loco frenesí anárquico y á su despótico furor antisocial.

En medio de tantas calamidades y destructoras hazañas, se llevó á la guillotina al Duque de Orleans, que en un momento de deslumbradora populacheria tuvo el mal gusto de hacerse apellidar Felipe Igualdad y también fueron sacrificados ó subieron al cadalso centenares de hombres honrados, comerciantes, industriales y artesanos, diputados y estadistas, los más de ellos autores é iniciadores activos de la revolución. Los girondinos, los herbetistas, los jacobinos, los entusiastas más fervientes y patriotas propagandistas como Camilo Desmoulins, Dantón, Chabot... y el mismo Chaumette que tan propicio estuvo para organizar aquellas repugnantes bacanales paganas, marcharon unos en pos de otros á la guillotina. En Noviembre del año 93 se sacrificaron en un sólo día 200 diputados... ¡Qué más! El tristemente célebre Robespierre con sus amigos Saint-Just, Philippaux y otros jacobinos exaltados amantes del terror, sirvieron de befa al populacho desenfrenado que en infernal algazara vió rodar sus cabezas por el enrojecido tablado.

La Francia lleva ya tres ensayos republicanos; y si el primero se resumió en una tiranía salvaje y fué la síntesis de todas las iniquidades y de todos los atropellos, el segundo impulsado por una democracia de sangre, ha sido impotente y nulo en medio de su audacia y de sus excesos y crueldades. En estos instantes (31 de Agosto de 1883), no sabemos cual será al desenlace del tercero, vistas las complicaciones de la política europea, el aislamiento de la Francia, su falta de consideración con las órdenes religiosas y con el clero en general, la apoteosis de los incendiarios de la *Comunne*, y otros muchos incidentes funestos que la cercan por todas partes, como la muerte del conde de Chambord en estos momentos.

Y no se diga que la revolución francesa rompía las cadenas de la esclavitud política, civil y religiosa para destruir el oscurantismo y proteger con mano franca la ciencia y el progreso de la humanidad; porque aquellos hombres desalmados y sin corazón, respondiendo al impulso de un salvajismo aterrador, sanguinario, tuvieron la audaz insensatez de contestar á la comisión que reclamaba *algunas horas de vida* para el sabio, para el gran Lavoisier. «LA REPÚBLICA NO NECESITA SABIOS.» ¡Qué entenderían aquellos hombres por república!

La primera República francesa al terminar el pasado siglo se precipitó desbocada en un abismo sin fondo, y sucumbiendo al Directorio ahogó en sangre sus proyectos y aspiraciones. El Directorio á su vez debía también sufrir una



En el Palais Royal cada café tenía sus oradores.

suerte análoga y hundirse entre el cieno de sus iniquidades y de sus homicidios. La Francia estaba fatigada de tantos excesos, de tantas crueldades y de tantos crímenes.

Los jefes republicanos habían herido el sentimiento católico de la generalidad de los franceses y se anegaron en lagos de sangre, se divorciaron de la moral y del derecho para arrastrarse por el fango de la prostitución y del error; y aquellos extraviados ciudadanos, aquellos hombres convulsos y delirantes en medio de su ateísmo y faltos de fe religiosa tuvieron miedo de su propia obra. Por todas partes se hacían sentir los vértigos de una atmósfera viciada por las emanaciones pestilenciales de tantas víctimas, frenéticos y arrepentidos y casi asfixiados por aquellos miasmas se lanzaron presurosos y sin condiciones en brazos del soldado afortunado que en Italia había vencido el poder del Austria humillando á la vieja Europa. La elevación de Napoleón I al Consulado y al Imperio después de la gloriosa campaña de Egipto, fué un hecho providencial para poner término á tan sangrientas hecatombes.

Al comenzar el siglo XIX la Francia republicana volvía otra vez á adquirir la forma monárquica, y con ella su perdido esplendor. Y al proclamar á Napoleón I emperador de los franceses, adquirió el brillo de su antigua corte y la magnificencia de un pueblo ilustrado y laborioso, desarrollándose de nuevo todos los elementos de riqueza, ciencia y prosperidad que la señalaban un glorioso porvenir.

La Religión católica recuperó cual era de esperar, sus sagradas basílicas, y el derecho como ley santa y social imperó por lo común en el ánimo de los legisladores. El poder de la Francia y su importancia guerrera, científica y política se hallaban en todo su apogeo; empero tantas glorias y laureles debían marchitarse y sucumbir muy pronto bajo el peso de una coalición formidable, nacida del sentimiento católico ultrajado por la soberbia del Emperador en la respetabilidad del Sumo Pontífice.

Á pesar de todo, la propaganda de los ejércitos franceses era inevitable, y sus excesos y atropellos sobre el Catolicismo do quiera ejercían su dominio, daban á conocer bien á las claras los recuerdos de la revolución que los había engendrado. Las sociedades secretas hacían sus progresos tanto en Europa como en América, las logias se multiplicaban de una manera pasmosa y por todas partes dejábase sentir su influencia perniciosa, estando en ellas afiliados muchos hombres de mérito y reconocido saber. Y si en algunos pueblos y países no dieron el resultado que sus autores apetecían, como sucedió en España, débese al sentimiento religioso que constituía la base de nuestra educación, difundida entre todas las clases sociales y arraigada en el corazón de casi la totalidad de los españoles. Napoleón I quiso mirar con desdén la Religión católica romana, que tanto había contribuido á su engrandecimiento, la afligió con toda suerte de calamidades y excesos, y natural y sucesivamente fué rodando de precipicio en precipicio para dar lugar á aquella coalición que labro

su completa ruína. Ahora mismo la República francesa que lleva á cabo el tercer ensayo, ha querido menoscabar el sentimiento religioso encarnado en la mayoría de los ciudadanos franceses, y de crisis en crisis, de descalabro en descalabro, de desacierto en desacierto busca su ruína, que para muchos de los grandes políticos y estadistas es un hecho inevitable, después de la muerte de León Gambetta y la del representante de la monarquía absoluta.

Es que en los acontecimientos de los pueblos hay siempre un pasado que pesa sobre el presente, así como el presente pesará también en el porvenir. Y, si una individualidad alcanza un poder extraordinario, debido á circunstancias especiales, capaz de subyugar á un pueblo para arrastrarlo ciego á sus ideales aventuras; el tiempo con su guadaña destructora desata los lazos y corta los nervios que le comunicaban movimiento y vida, para que se desvanezca su poder é influencia y los sucesos vuelvan á su curso natural. ¡Tales son las inexorables leyes de la Providencia!

La emancipación de los pueblos anglo-americanos y la revolución francesa, pués, habían esparcido por Europa la semilla materialista y comunista que hasta entonces sólo fructificaba entre algunos sabios y filósofos representados por los semisensualistas y librepensadores, discípulos de Locke y de Hume, y cuya mayor parte se encuentran entre los enciclopedistas. Sus seductoras predicaciones engañaron á la generalidad, que falta de verdadera y sólida ilustración las aceptó sin reserva, haciendo que la clase media aspirara á salir de su esfera y la proletaria á exigir derechos y garantías no conocidas, que encontraron natural resistencia entre la nobleza y la banca, y en cuantos gozaban de privilegios, distinciones é inmunidades, ó se hallaban al frente de los grandes centros industriales, manufactureros y mercantiles. Se había roto el equilibrio entre las jerarquías sociales, y las oscilaciones del rugiente mar de la política aterrorizaron á los gobiernos y les hicieron perder su aplomo.

Sin embargo, el período de incubación fué largo y penoso, la propaganda francesa no había encontrado aquella simpatía y leal cooperación que sus autores creyeron en un principio; en general era rechazada y los ejércitos invencibles comenzaban á sufrir algunos descalabros. La ambición de Napoleón I, tal vez impuesta ó llevada más allá de sus cálculos y combinaciones, quizá arrastrada por la necesidad de las circunstancias y la marcha misma de los acontecimientos; pero conocida de todos los Gabinetes europeos; su amor propio herido al ver la sostenida malquerencia de los principales monarcas de Europa y en particular el de San James, á pesar de sus triunfos militares y del sacrificio de su primera esposa, no bastaron á contenerlo, siguiendo su fantástico proyecto del bloqueo continental y su sueño olímpico de dar un trono á cada individuo de su familia.

España, huérfana de sus reyes legítimos que mal aconsejados y peor dirigidos habían provocado los tristes acontecimientos de Aranjuez, para marcharse unos en pos de otros después de inconvenientes abdicaciones y de ridículas protestas y reunirse en Bayona y Valencey, donde dejaron al Emperador dueño absoluto del trono de San Fernando, se levantó heroicamente en masa cual si fuera un sólo hombre para defender su nacionalidad, su Religión, su monarca, sus hogares, sus leyes y sus costumbres. Los nombres de tantos heroes representados en Daoiz y Velarde serán siempre venerados de los españoles.

Después de mil contrariedades y peripecias de parte de los gobernantes, se reunieron al fin las Cortes de Cádiz, en las que los diputados más avanzados, probablemente librepensadores, elaboraron la primera Constitución que recordaba los derechos del hombre proclamados por el abate Sieyès en plena revolución francesa, que todos hemos conocido con el nombre de Constitución del año 12; código fundamental que fué recibido con general aplauso, que muy pocos comprendieron y que anulado aún antes de que se sentara en el trono el rey Don Fernando VII, á la caída del Emperador fué restablecido en España en 1820, é imitado por otras naciones.

Napoleón I debía, al fin, descender del solio de San Luis empujado por el poder de sus enemigos que habían formado la sexta coalición después de los desastres de Rusia, para ocupar un remedo de trono en la isla de Elba, que le fué concedido por la magnanimidad de los soberanos coaligados cuyos representantes firmaron el Tratado de París. Empero sólo en el Congreso de Viena, donde se propusieron la pacificación de Europa, se firmó el acta de la *Santa Alianza*. La distribución política y civil de los Estados europeos experimentó cambios y radicales modificaciones que anularon por un instante pasajero el reinado de los *cien días*. El emperador cual meteoro luminoso brilló sobre el cielo de la Francia por un momento, y habiendo perdido la batalla de Waterlòo tuvo que entregarse á los ingleses sus irreconciliables enemigos. El Congreso de Viena había consignado en sus acuerdos y resoluciones el arreglo definitivo de los tronos cual conviniera á los intereses de los monarcas allí reunidos, y por fin Napoleón I fué conducido sin consideración ni respeto á la isla de Santa Elena, donde murió el 5 de Mayo de 1821.

Las escarpadas rocas de una isla risueña y llena de vida habían oído los primeros ayes de un niño arrullados entre el dulce murmurio de las brisas; y las peladas é imponentes masas petreas de otra isla inhospitalaria se aterraron al exhalar el gran Capitán del siglo el último suspiro que se perdió entre los bramidos del furioso y desencadenado huracán.

Formaron la sexta coalición y por lo tanto firmaron el acta de la Santa Alianza, Inglaterra, Rusia, Francia, Austria, Portugal y Suecia.

No era en verdad tan fructifera y trascendente la propaganda reformista de la nueva escuela liberal como parecía en un principio, ni las modificaciones y arreglos emprendidos para mejorar los diferentes ramos de la administración según estas doctrinas, merecieron el aplauso unánime de la generalidad de los países donde se habían establecido, á pesar del espíritu volteriano y jansenista que desde mediados del siglo anterior se había infiltrado, sobre todo en España, en las elevadas regiones del poder y de las ideas de las escuelas filosóficas imperantes, todo lo cual venía minando el sentimiento tanto monárquico como católico de los pueblos. El contacto más ó menos prolongado de los ejércitos del Emperador de los franceses con las masas, no produjo efecto al-



Felipe Igualdad, Duque de Orleans.

guno, por el contrario, se avivó con mayor entusiasmo el antagonismo natural, especialmente entre los españoles; de suerte que el napoleonismo se hizo repulsivo, sobre todo en las comarcas agrícolas y rurales, por sus amaños, por sus desafueros y por sus atropellos; tanto más cuanto que vieron perseguidas sus creencias religiosas, robados y saqueados sus templos y violados los claustros de las hijas del Señor. La Europa contempló asombrada tan extraños acontecimientos, y vió como un sueño abatirse el levantado vuelo de las águilas imperiales por el heroísmo de un puñado de valientes españoles, sin instrucción, faltos de armamento, acandillados por temerarios guerrilleros que se lanzaban ciegos al combate en grupos irregulares sin orden ni disciplina, con el nombre de *Somatenes*. ¿Cómo comprender que aquellos bravos soldados y aguerridos

capitanes de las Pirámides, de Austerlitz y de Jena depusieron en España sus águilas vencedoras en los campos de Bailén y bajo los muros de Gerona y Zaragoza? La suerte de Napoleón I se decidió en España y, de muy poco hubiera servido la sexta coalición, si el Emperador contara con el favor de la Península Ibérica, con los tesoros consumidos sin resultado, con la multitud de soldados fenecidos y con los numerosos ejércitos ocupados en sostener á su hermano José que se intitulaba rey de España.

Desde 1814 á 1820 la historia de las nacionalidades europeas recién establecidas por aquel Tratado, no es nada tranquilizadora. Por todas partes hay afrancesados á quien perseguir con más ó menos rigor; liberales exaltados que tienen que abandonar el hogar doméstico; demagogos intransigentes, tristes recuerdos del año 90; clubs ocultos, sociedades secretas, con nombres de venganzas que celebran con gran exposición sus conciliábulos; tentativas frustradas, víctimas expiatorias de las pasiones políticas, de los resentimientos y de las venganzas personales. En este estado de general disgusto, zozobra y de justo temor, acaeció en España el pronunciamiento de 1820, el cual alentó las esperanzas de unos, llenó á otros de terror, abrió las puertas de la patria á los emigrados, y otra vez se emprendieron las reformas antes proyectadas. Muy pronto se vieron las defecciones, las deficiencias y las peripecias, los funestos amagos de los clubs y sociedades llamadas patrióticas, las recrudecidas enemistades, los odios y las venganzas que estaban latentes y los desastrosos administrativos, más por la impaciencia que por el fondo del principio económico que les servía de fundamento. Se creía que el pueblo tenía la ilustración suficiente para aquellas radicales reformas, en medio de repetidos levantamientos absolutistas que menudeaban por todo el ámbito de España. Este estado de descomposición social dió lugar á que se perdieran una gran parte de nuestras colonias del Nuevo Mundo, y que una intervención francesa derribara aquel sistema de gobierno, volviendo á Fernando VII en el pleno goce de su poder absoluto.

Las posesiones inmensas é importantes de las Américas Españolas que habían permanecido fieles á la metrópoli, al ver el desconcierto y al escuchar los relatos de los emigrados, comenzaron á declararse en rebeldía, y emprendieron una lucha tenaz y porfiada hasta que consiguieron su completa emancipación y su propia autonomía. De aquí tomaron origen las diferentes Repúblicas americanas, las cuales emprendieron atroces é incalificables persecuciones contra todo cuanto podía tener relación con la madre patria. El matrimonio de D. Fernando VII con D.^a María Cristina cambió la política española para emprender una marcha más conciliadora con los progresos del siglo.

Nótese que desde el comienzo de la revolución se distinguían dos tenden-

cias antagónicas y enemigas inconciliables que profesaban y aún profesan principios y doctrinas opuestas tanto en política como en religión; una que siempre ha sostenido el régimen absoluto, y otra que proclama las reformas de la escuela liberal, no sin que ambas hayan dejado de fraccionarse tomando diferentes nombres y aspirando á distintos sistemas de gobierno. Ideales que no se han colocado en su justo medio, pues si por una parte se ha creído erróneamente que debían derribarse antiguas y venerandas instituciones, por otra se ha demostrado desmedido apego á lo que, por ser contingente, puede sufrir alteraciones hijas de necesidades nuevamente creadas.

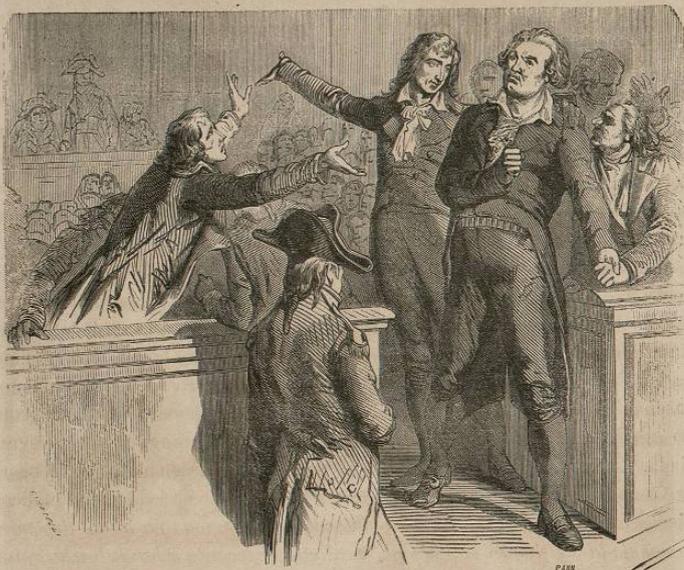
Tiempo es ya que ambos partidos aleccionados por una triste experiencia, cedan de sus exageradas pretensiones y de sus engañosos ideales en uno y otro sentido; tiempo es ya que se aproximen para constituir un solo cuerpo nacional; tiempo es ya que se reunan y se compacten en un elemento común para que con el patriotismo de todos pueda regenerarse nuestra trabajada patria. La Religión no es patrimonio de nadie, y la católica romana, que es la que profesan casi la totalidad de los españoles, continuará su misión divina guiando á la humanidad por el camino de la moral, del derecho y del progreso.

Ante esas predicaciones insensatas de una y otra parte, conviene oponer la doctrina católica; ante esas sectas perturbadoras ó fanáticas, la santidad y pureza de los preceptos Evangélicos; ante esa ciencia mentirosa, la verdadera Ciencia experimental y de observación. Que sea el Catolicismo la antorcha resplandeciente, el faro salvador, el foco de luz celestial que salve al linaje humano, enseñándole la verdad de una civilización siempre progresiva. El Catolicismo no es la bandera de una exigua fracción política, ni de ninguna secta desgraciada. En la manifestación pastoral del Excmo. Sr. Cardenal Payá, Arzobispo de Compostela, del 2 de Agosto de 1882, dice el docto prelado á sus católicos diocesanos: «*La suerte de la Religión (católica romana) no ha de depender jamás de la de ningún partido político: ella se levanta sobre todas las miserias y pasiones que se agitan en el terreno en que bullen las pasiones mundanales; ella no recibe inspiraciones de los hombres, sino de Dios; tiene su política propia, basada en la divina palabra é inspirada por el Espíritu Santo; debe ser el puerto de refugio para todos los que incesantemente buscan al Señor, vengan de donde vengan, y no un alcázar cerrado cuyas puertas tan solamente se abren á determinadas procedencias.*»

Sin embargo, es innegable que al alcanzar el año de 1830, muchas de las doctrinas reformadoras encontraron sus secuaces é hicieron sus apóstoles, y los acontecimientos que se sucedieron, por un efecto providencial, presentaban en todas partes un nuevo cariz, que hacía presagiar tiempos más bonancibles. Fué preciso que el poder absoluto transigiera con la opinión general, aceptando, si

bien con ciertas reservas y restricciones, una buena parte de los principios y aspiraciones del espíritu moderno: he aquí la Europa política al comenzar el año de 1834.

Ha llegado ya el momento que una larga experiencia ha hecho ver con datos irrecusables que el sentimiento católico no se opone á la marcha progresiva del siglo, y que la Iglesia católica, apostólica y romana extiende sus beneficios morales y espirituales á la humanidad que vive bajo su augusto manto.



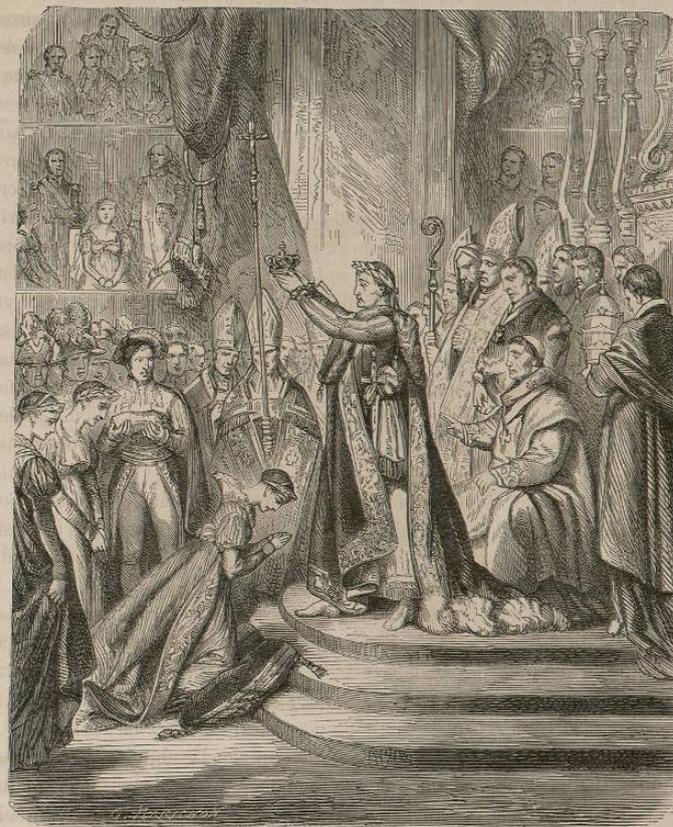
Danton y Camilo Desmoulins sentenciados á muerte (5 de abril de 1794).

sin examinar cual sea la forma de gobierno de las naciones donde ejerce su santa misión apostólica mientras esta forma no sea contra la moral y la justicia.

¿Y cuál sería pues el verdadero progreso de los estudios filosóficos al comenzar el siglo XIX? Difícil será contestar á esta pregunta, si hemos de complacer á las diferentes escuelas de hoy; no perdiendo de vista el estado de honda perturbación que generalmente dominaba en Europa, el cual ejercía su poderosa y natural influencia en todos los estudios tantos abstractos y filosóficos como experimentales y de observación.

En Inglaterra pululaban aún y tenían grandes simpatías y entusiastas admi-

radores las doctrinas de Locke y de Hume que habían propagado el sensualismo, siendo los inmediatos protectores del materialismo. Protección que llegó á ser fundamental bajo el eficaz impulso que le diera J. Toland, ya como libre



Coronación de Bonaparte y su esposa (2 de diciembre de 1804).

pensador, ya como sensualista psicólogo. Y no se diga por los amantes del positivismo moderno que A. Comte fuese el autor de un credo positivista que abrazaba toda una confesión natural, porque aquel sabio presenta su cosmogonía materialista, en la que hace alarde de dar á conocer una nueva religión de

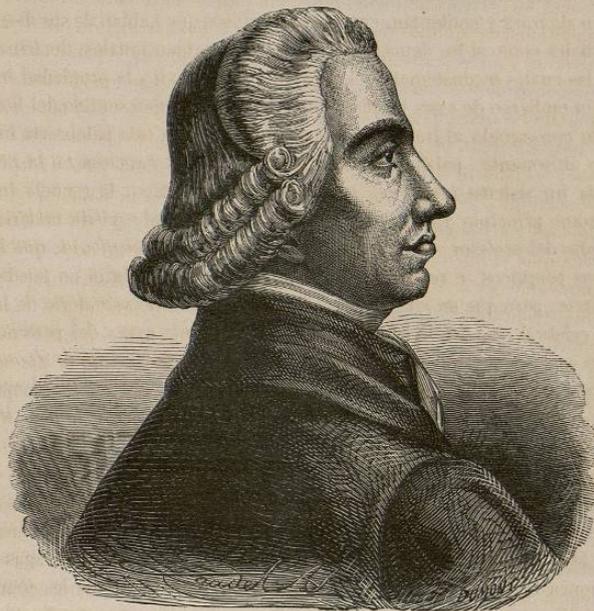
la naturaleza y de la humanidad en la que el culto de la verdad, de la libertad y de la salud, esos tres grandes factores de la vida, ocupan un lugar preferente; pues á la vez en ella hay también un calendario en el cual hallan su lugar los hombres notables de todos los tiempos y de todos los países y naciones.

Doctrinas iguales á éstas en el sentido materialista hemos visto en nuestros días, que proclaman con el mayor desenfado la teoría del acaso, la eternidad de la materia y niegan la existencia de Dios y del alma; doctrinas que verdaderamente han alarmado las conciencias de muchos hombres timoratos que sólo ven en ellas la perversión de la sociedad; doctrinas, empero, que suelen aceptar con gran algazara y contentamiento, algunos ilusos que hablan de sus derechos individuales como si los demás no los tuviesen también iguales; doctrinas, en fin, en las cuales se amatematiza el Estado, el poder civil y la propiedad individual. Sin embargo de estas utopías que trastornan el buen sentido del hombre honrado consagrado al trabajo y que se halla fuera de esta palabrería insulsa aunque altisonante, palabrería superficial, errónea y capciosa en la cual va envuelta un sistema positivista perturbador y anárquico, la escuela inglesa sentó como principio ya en el pasado siglo, siguiendo el espíritu materialista, por medio del profesor señor Hartley en su *Sistema de psicología*, que los fenómenos psíquicos se reducen á funciones orgánicas que aun no pueden determinarse; pero que en ellas se descubre un movimiento vibratorio de la sustancia cerebral que debe considerarse como la fuente única del pensamiento y de las sensaciones. Y otro profesor daba á conocer un tratado de *Zoonomia*, en el cual se descubre el materialismo desarrollado en todos los problemas psicológicos que presenta. Bacon y Newton, Gassendi y Descartes habían trazado el camino á Locke, Hume y Condillac.

Los partidarios del materialismo buscaban con afán en los progresos de las ciencias biológicas y en los de las ciencias exactas, físicas y naturales, sus armas de combate, atacando aún cuando fuese de soslayo, los principios fundamentales de la metafísica; y llenos de bélico entusiasmo se lanzaban á vagas interpretaciones mecánicas sin datos ni observaciones; todo lo cual les condujo á lamentables extravíos y á utopías filosóficas, olvidadas algunas de ellas por inútiles. Osadía impremeditada era ésta, que dió alas al sensualismo para que se apoderase y llegara á dominar, siquiera fuese por algunos momentos, á la escuela idealista; ésta tuvo la insensatez de amilanarse y colocarse sin pudor bajo su amparo, admitiendo como preliminar la teoría del conocimiento, que difundió con cierto escepticismo y con ribetes de crítico severo. Y aquí está el fundamento de la filosofía kantiana en Alemania, nacida, en opinión de algún sabio, de las íntimas relaciones entre las dos doctrinas idealista y sensualista; pero que debía ejercer grande y poderosa influencia en el espíritu filosófico del

siglo XIX. La doctrina de Locke, bajo el punto de vista crítico-ideológico, oculta en su fondo el criticismo kantiano, y á la vez oprime con toda su fuerza, tanto el idealismo de Berkeley como el escepticismo de Hume.

Ni las ciencias biológicas, ni las exactas, físicas y naturales, de las cuales algunas como la geología, la paleontología, la antropología etc., no se conocían aún, se hallaban á la altura correspondiente para resolver estos problemas complejos; era preciso que pasasen todavía muchos años de experiencia y que la



Sieyes.

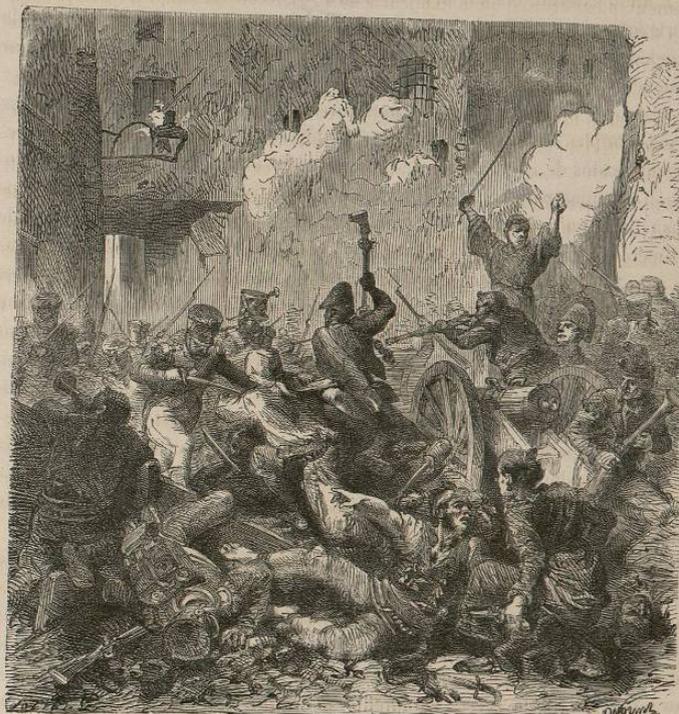
observación directa ayudada del estudio minucioso del laboratorio, sirvieran de guía á las nuevas doctrinas para que el sensualismo y el materialismo salieran victoriosos. En Francia se levantó una cruzada materialista, como hemos dado á conocer, que propicia en destruir, no pensó en reconstruir nada que fuese aceptable para la humanidad futura. En el último tercio del pasado siglo y en los primeros años del actual los materialistas franceses apoyados en los descubrimientos de las ciencias positivas, creyeron haber hallado un método

eficaz y seguro que sin esfuerzo alguno les conducía á demostrar la ineficacia y nulidad de los principios generales y hasta de las hipótesis. Y cuando ufanos llamaban á su nueva creación, *filosofía razonable y moderada*, tuvieron que buscar en su apoyo la suposición y la posibilidad, que casi siempre conducen á lamentables errores, para explicar á su manera los fenómenos de la percepción y de la inteligencia, haciendo que cuanto nos enseña la psicología se confundiera con la física y la química, que entonces se hallaban en gran favor.

El sensualismo inglés había hecho sus llamamientos; empero el materialismo francés no correspondió cual deseaban aquellos sabios, aun cuando entre los materialistas, algunos de los más importantes como Diderot, D'Alembert, Helvetius y otros, entre los cuales se halla el naturalista genovés Bonnet, no fueron consecuentes con sus primeros principios fundamentales. Destrutt de Tracy, uno de los discípulos más sobresalientes de Condillac, y el mismo Cabanis su amigo íntimo, el primero quiso reconocer que todos los fenómenos psíquicos y sociales se reducen por completo y sin residuo á factores fisiológicos; y el segundo dijo: «Debemos buscar en la fisiología la solución de todos los problemas y el apoyo de todas las verdades. La psicología no es más que una fracción de la biología, esto es, la fisiología cerebral.» En estas ligeras indicaciones vemos el materialismo en todo su apogeo. Los materialistas parece que siempre han querido confundir á sabiendas la sensibilidad con la inteligencia, atribuyendo á propiedades y principios de la biología cuanto corresponde á el alma racional. Lo repetiremos una vez más: cuando la filosofía se divorcia de la Religión verdadera, se desboca y corre sin freno á precipitarse en el abismo de la duda, del error y de la incredulidad.

Talentos indudablemente de gran alcance científico se vieron arrastrados por el torbellino de las corrientes materialistas puestas en práctica por la plebe inconsciente, que fueron el azote de la generalidad de los sabios del siglo XVIII, y que cayeron en trascendentales errores que la misma ciencia empírica, con sus portentosos adelantos posteriores, ha desvanecido por completo. La verdadera ciencia experimental ha seguido, y continúa aún paulatinamente su evolución progresiva, y los descubrimientos de la experimentación fisiológica y morfológica juntos con los de la química orgánica, no pueden estar en armonía perfecta con aquellos sistemas que consideraron como posibles, y donde apoyaban sus ideales y sus fantásticas creaciones Hartley, Toland, Darwin (abuelo de Sir Carlos), Cabanis, Gall, Broussais y otros muchos precursores del positivismo de Saint-Simon y Augusto Comte. Honra sin duda alguna á los filósofos españoles D. Andrés Piquer, el P. Ceballos, Hervás y otros ilustres pensadores que miraron con prevención el sensualismo inglés y procuraron evitar que fructificasen las malas semillas que de Francia traspasaban los Pirineos.

Y aquí conviene notar como dos escuelas que presentaban á últimos del siglo XVIII muchos puntos de contacto, se hayan descuidado ó casi olvidado en el día, ó al menos perdido su antiguo prestigio é influencia, contentándose con haber representado un papel importante en la historia de la evolución filo-



Sitio de Zaragoza (30 de diciembre de 1808 á 21 de enero de 1809).

sófica en Inglaterra, desde Cumberland hasta Paley, Bentham y James Mill ó desde Herbert y Reid hasta Hamilton.

La escuela del *buen sentido*, conocida con el nombre de escuela *escocesa*, y que con justa razón se la calificó de ecléctica, provenía en parte de las doctrinas de Hume, á quien muchas veces defendieron contra los ataques de Berkeley. Sus adeptos decían con Reid su fundador: «despreciamos el concurso del sensualismo, prefiriendo atenernos al *buen sentido*.» Estoicismo que á la ver-

dad nada tiene de científico, y no obstante conduce al mismo punto con menos molestia. Encontramos en Reid, que los actos de la percepción y el que da la certeza de la existencia de los objetos, constituyen para la conciencia un todo indivisible y Dugald-Stewart establece como ley fundamental la existencia de un mundo externo, el cual sirve de guía á las creencias de la humanidad. De suerte, que al terminar el siglo XVIII y durante una buena parte del actual, la escuela escocesa ocupó un lugar distinguido entre los filósofos y mereció fijar la atención de los sabios más ilustres y distinguidos del mundo científico.

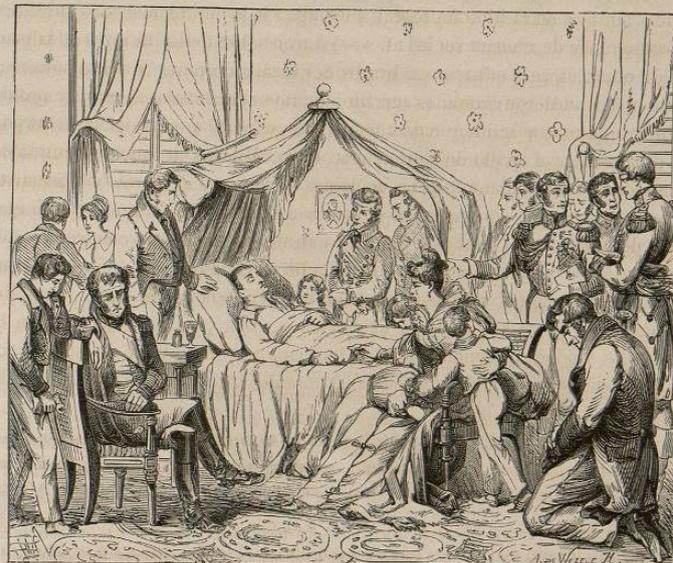
Al propio tiempo respetables profesores ingleses tomaron por norma las formas simples de la filosofía moral, y estudiando los problemas más sublimes y complicados de nuestra sociedad, se elevaron sobre todas las leyes de la evolución orgánica para echarse en brazos del idealismo puro. Y véase como los sensualistas pudieron llamar exagerado cuanto se encuentra en las regiones de lo hiperorgánico, y acudieron de nuevo á sus primeras teorías sensualistas puras para rebajar el brillo de aquella psicología. Muchos de estos distinguidos pensadores, representantes de las doctrinas de la filosofía moral, continuaron sus estudios para el conocimiento y solución de estos importantes problemas tanto de moral social, como de derecho y de economía política; entre ellos citaremos á los ilustres profesores Hutcheson, Ferguson, Adam Smith, Bentham... etc. Condorcet y Turgot adquirieron en Francia mucha fama, y sus investigaciones sobre la psicología fisiológica positiva y social, engendraron la *sociología* moderna; ciencia admitida hoy con general aplauso, y que abraza los principales problemas de las ciencias morales y políticas bajo un punto de vista poco tranquilizador.

Grande era el movimiento entre los sabios materialistas en los últimos años del siglo pasado y primeros del actual, comparando la psicología con la fisiología del cerebro y atacando de frente la metafísica para que sobresaliera la biología con todas sus consecuencias. Estos trabajos emprendidos con inusitado entusiasmo fueron auxiliados también por algunos sabios italianos, sobre todo, por Genovesi, Gioia, Verri Lampredi y el célebre Beccaria, sucesores de Vico, quien había dado á conocer los primeros rudimentos de las doctrinas sociológicas.

Turgot con aquella mirada penetrante del águila, apreciaba la filiación de todos los períodos históricos, y deducía de ella una acumulación de saber que aumentaba la fuerza del hombre, pretendiendo anonadar á la teología y disolviendo la metafísica en sus ideales imaginarios para que sólo brillara la ciencia experimental con todo su esplendor positivo. Resultados efectivos eran éstos, según Condorcet, que se desarrollan con lentitud, pero siempre progresivos é inevitables; porque provienen de las causas sociales naturales. Este pen-

sador materialista trazó un cuadro que enseña la marcha de la civilización, la cual en su sentir corresponde á las distintas fases que recorre la humanidad en su desenvolvimiento fisiológico, buscando un paralelismo entre la forma orgánica social y el organismo animal. Idea que ha renacido en nuestros días.

En Alemania el sensualismo de Locke y de Hume respetó sus fronteras, aquellas atrevidas concepciones de Bolingbroke y su discípulo Libbon no tuvieron gran aceptación y sólo hasta nuestros días no se han dado á conocer



Muerte de Napoleón (5 de mayo de 1821).

con carácter propio tal vez, para luchar frente á frente del materialismo de Büchner, Manasley, Feuerbach y Vogt, y oponerlas á las generalizaciones científicas de Helmholtz, de Wundt, de Du Bois-Reymond ó de Hæckel. Es lo cierto, que en el pasado siglo el sensualismo inglés y el materialismo francés, amalgamados á su manera por otras influencias, pudieron engendrar un idealismo especial desarrollado con notable valentía que constituyó la escuela kantiana. Era un panteísmo idealista que desde mediados del siglo XVIII, dieron á luz los genios fecundos de Kant, Fichte, Schelling, Hegel y Herbart. Y cualesquiera

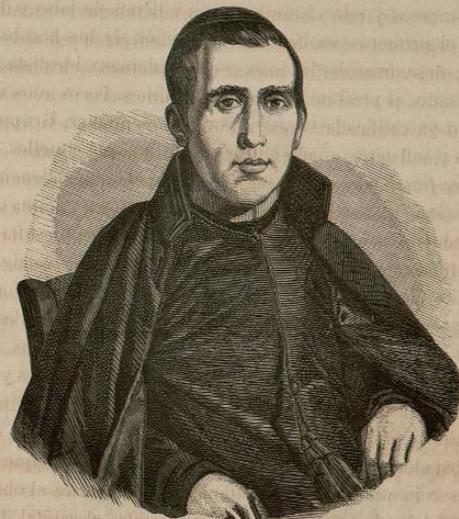
que fuesen los progresos del sensualismo y hasta del materialismo, las doctrinas kantianas asombraron al mundo filosófico, y todos los hombres ilustrados se pararon ante una fraseología especial y altisonante, que, tal vez, muy pocos comprendieron; pero que de todos modos aceptaron con aplauso y sirvió para cimentar las bases de la unidad absoluta.

La influencia de la sociología ha sido en Alemania poco eficaz, y el estudio de los problemas sociales quizá del todo nulo; habiendo uno de sus escritores de reconocido mérito, el ilustre señor de Herder, buscado sus inspiraciones en la escuela de Kant, dejando vislumbrar algunos reflejos sensualistas.

No puede negarse que muchos sabios en los primeros años de este siglo, aplaudieron y dejaron correr las nuevas concepciones de los filósofos idealistas de allende el Rhin, porque no alcanzaron, quizá, á descifrar aquellos sublimes y vaporosos ideales expresados con un lenguaje embrollado, confuso y probablemente poco inteligible y cuyas tendencias se perdían entre el laberinto de una metafísica ya en extremo exagerada. En verdad que en muchos centros de ilustración y saber hicieron poca mella estos progresos de la escuela idealista alemana, quedando en general circunscrita á determinados círculos y especiales individualidades, pues tanto en las Comunidades religiosas como en los Colegios y Universidades continuaron con la filosofía escolástica, de la cual conservaban aún en sus archivos, gratos y placenteros recuerdos (1).

(1) Aquí, por un movimiento de nuestra alma que no podemos evitar, quisiéramos que se nos dijera qué se hizo en España de la inmensa riqueza literaria y artística que se sacó de los conventos y monasterios al comenzar la revolución política después de la muerte del rey Don Fernando VII... Nos figuramos, y ¡ojalá nos equivocásemos! que lo que pasó en Granada, donde residíamos desempeñando la cátedra de Química aplicada á las artes, pasaría poco más ó menos en las otras provincias. En los primeros momentos de la expulsión de las Órdenes monacales, hubo algo que sin escrúpulo puede calificarse de vandálico; luego se trasladaron los libros (y también las pinturas) á una sala del suprimido convento de Santo Domingo, donde quedaron hacinados, aunque bajo la custodia de una comisión. Pasaron muchos años; hubo alguna tentativa, hija de laudables deseos, para organizarlos debidamente, hasta que al fin fueron trasladados á la Universidad, en atropellado desorden para colocarse una parte sobre los estantes de la Biblioteca, y otra en el suelo de una de sus separaciones. Es lo cierto que se nombraron varias comisiones, de las cuales formamos parte, que se hicieron nuevos inventarios y comenzaron á clasificarse aquellos libros, encontrándose muchas obras mancas, incompletas y mutiladas; otras estaban duplicadas y aun triplicadas. Durante nuestro Rectorado en la propia Universidad, establecimos varias economías en el exiguo material de la Biblioteca, lo cual nos proporcionó medios para mandar construir cuatro grandes estantes de dos frentes, en los cuales tuvieron colocación casi todos aquellos libros, por tantos años hacinados y ya tal vez olvidados, tanto del público como de las regiones oficiales. La extraña y anómala organización que en este punto (Bibliotecas Universitarias) tiene el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, donde dentro de la Universidad funciona un jefe de la Biblioteca con absoluta independencia del Rector, y sin que esta autoridad académica intervenga en nada y para nada en los asuntos y negocios generales y administrativos

El sensualismo no cejó en su carrera durante la primera mitad de nuestro siglo, y por sus tendencias y aun por el método que había adoptado era un sistema metafísico, por cierto muy modificado. El mismo Locke no atacó directamente el sentimiento católico; pero sujetó la religión á un criterio científico, aceptó una tolerancia repugnante y fundó un racionalismo teológico que con Shaftesburg, facilitó los atrevidos sarcasmos de los enciclopedistas y sus amigos y correligionarios.



Jaime Balmea.

Nada le importa ya aquel movimiento intelectual debido á los progresos de la escuela alemana que llenó de admiración y fué acatada de muchos sabios; no le asombra esa aureola que ha ceñido su frente durante los cuarenta pri-

de la Biblioteca; — que por otra parte se intitula *Biblioteca de la Universidad*, — hizo que dejáramos de conocer en la parte administrativa de aquel centro que, al parecer, debiera funcionar cuando se halla enclavada en la Universidad y es parte constitutiva de ella, como si fuese un Decanato de una facultad cualquiera, es decir, con independencia del Rector en todo aquello que tiene el carácter literario ó científico, y con la intervención del jefe académico, en cuanto se relacione con la administración. Nuestros hombres de gobierno no piensan más que en descentralizar, sin acordarse que las divisiones y subdivisiones en la acción administrativa enervan la fuerza impulsiva, debilitan su acción y anulan la iniciativa de un jefe laborioso, activo y entendido...